

Protagonismo de la mujer

¿Cambio de signo en la cultura del XXI?

Cuando comúnmente se habla de literatura femenina ha de tomarse tal distinción tan sólo como una necesidad didáctica. Para destacar que también existimos. Algo así como el porcentaje estipulado por la ley para las candidaturas políticas, que alguna vez se dará naturalmente; ahora es preciso remarcarlo con fuerza de obligación por la novedad que entraña ver a otra mujer en cargos que parecían propiedad exclusiva del varón. Así, en la antigüedad la palabra poeta designaba oficio propio de varón. En la modernidad, a veces fuimos las propias mujeres las que descreíamos de nuestras congéneres. Eso está cambiando, por suerte. Pero subsisten grandes diferencias todavía en cuanto a igualdad de oportunidades y de salarios por igual trabajo, por ejemplo.

✓ **Por Olga Zamboni (*)**

Rara avis

En literatura, actualmente las estadísticas dan cuenta de una mayoría de mujeres que publica sus obras, tanto en Argentina como en otros países de Latinoamérica. Sin embargo, las reseñas y estudios críticos siguen privilegiando las obras de nuestras caras-mitades, los escritores.

La mayoría cuantitativa de hoy contrasta dramáticamente con la absoluta minoría de mujeres escritoras en la Historia. Fue una rara avis la sobreviviente que pudo hacerse oír y cómo, pero a costas de su fama y algo más: excepciones confirmadoras de la regla, que solamente autorizaban la existencia de Homeros, Virgilio, Shakespeares, Cervantes... ¿Y ellas? Sería absurdo pensar que, desde los mismos genes, les hubiesen sido negados la vocación y el talento. Imaginémoslos más bien tirados a la basura ante la imposibilidad fáctica de llevarlos a la hoja y el papel en pública resonancia de cuento, poema, novela o ensayo. Mujer educadora sí; animadora cultural, también. Narradora oral y anónima, abuela sin nombre, desde la legendaria Sahrazada, condenada a la oralidad de mil y una noches -en Samarcanda y en ficción- para salvar la vida. El protagonismo de la mujer ha sido intrahistórico. Una frase popular lo dice todo: Detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. Detrás de... Así fue la cosa. Nada tiene que ver con la literatura femenina el hecho de que apareciéramos siempre en modelos literarios arquetípicos creados por el varón, en una dualidad de opuestos inconciliables: brujas o santas; ángeles o demonios, vírgenes o putas. Astucia, inconstancia, desde Eva, fragilidad -lo dijo Shakespeare- tiene nombre de mujer. En su contrapartida, está la idealizada Beatriz, de Dante; la amada inalcanzable de Bécquer... Y podríamos seguir.

Nos interesa la excepción valiente que alcanzó a ser ella misma, o al menos lo intentó, peregrina en el intrincado laberinto de los discursos masculinos que la asediaron. En la búsqueda de algunos nombres fundamentales aparece el de Safo, flor de una cultura-reliquia de matriarcales prestigios en las islas egeas. Su libertad para crear permite conectarla con otra cultura de la poesía, también isleña, Anacaona, la reina de Xaraguá, en el Caribe, nombrada por las primeras Crónicas de españoles, denostada como "ligera de cascos" y finalmente aplastada por los conquistadores. Safo marcó generaciones de poetas varones como Catulo y Horacio, que la evocaron e invocaron como maestra. Transgresora, supo gritar su canon de belleza a contrapelo de la clásica concepción estética de los griegos: Es bello lo que uno ama, dijo. En esto de la ley del sentimiento también rozamos prejuicios: que la mujer sólo puede escribir y, en el mejor de los ca-

sos, una poesía vagamente erótica e intimista, poesía "de salón", como en sordina y para ser leída, tal vez, en reuniones sociales; está el dicho bastante común de que "poesía es cosa de mujeres", inexplicable, ya que los modelos poéticos, y en especial los de la poesía amorosa, fueron marcados por los poetas varones.

Un lirismo no visto antes

En la actualidad, las mujeres rompen tabúes y se abren en expresión libre y original; crean un lenguaje nuevo que, desde lo femenino inalienable, canta al amor, al cuerpo propio y al del varón, inventa un lirismo no visto antes. O apenas entrevisto, autocensurado siempre.

Paso por alto el nombre de Sulpicia, única sobreviviente hembra en el Parnaso Latino y, cruzando milenios, rescato la obra de Juana de Asbaje, más conocida como sor Juan Inés de la Cruz, en el México del siglo XVII. Raro producto de una sociedad virreinal conservadora, es una adelantada a su época. Podía en mí más el deseo de saber que el de comer, dice. A su talento literario se une una firme vocación científica. Versos donde el conceptismo y la denuncia juegan en sutiles modos y construyen una verdadera epopeya del ansia infinita del espíritu humano por alcanzar las cimas del conocimiento. Esto último en su *Primero Sueño*, definido por Octavio Paz como osadía que traspasa los límites y fascinación de la caída. Karl Vossler percibe en este texto las primeras resonancias de acentos prometeicos y fáusticos. Anticipación y presentismo. Luego, será el Fausto de Goethe.

Ella se hubiera vestido de varón para poder entrar en la Universidad. La estrategia del disfraz masculino fue usada por George Sand, cuyo nombre de niña y de baronesa fue Amandine Lucie Aurore Dupin y cuya vida abarca casi completo el siglo XIX, que la leyó escandalizado y la consideró mujer "de la vida irregular". Ya en nuestro siglo y en nuestro país, Emma de la Barra hizo famosa su novela *Stella* merced al seudónimo César Duayen. Alrededor de esos años fue cuando, en solemne reconocimiento, Arturo Capdevila llamó "rareza" a la presencia de una única mujer entre los escritores de su promoción: Alfonsina Storni, la que declaraba que, para la mujer, el sexo era "pesado como carro de acero/ y humilde". Alfonsina y Sor Juana: tres siglos separan el mismo coraje, el mismo desamparo, la misma edad a la hora de la muerte: 46 jóvenes años viejos. En las dos hay acentos de fino humor, recurso no siempre tomado en cuenta a la hora de hacer crítica de sus obras. Es más "novelesco", más del "eterno femenino" detenerse en el suicidio de una o en el porqué de la entrada a un convento de la otra; imaginar amores desdichados -ésta por bella, la otra por fea- que medir los alcances avanzados de sus

obras, raíz de conflictos aún no resueltos.

Lo marginal está de moda

Hoy la realidad literaria del país observa una mayoría femenina en las lides escriturales, premios importantes en diversos géneros, especialmente en novela (Vlady Kociancich, Irma Verolín, Alicia Steimberg y Ana María Shuam, entre otras), y un interés creciente por estudiantes en universidades y centros de investigación. Irán cayendo prejuicios, como el pensar que escritor es el varón y que lo que escribe la mujer ocupa un compartimiento estanco llamado literatura femenina que, al igual que la llamada literatura regional, parecen ser denominaciones de segunda categoría: no se sabe bien si son apéndice o furgón de cola, pero aparecen como desgajadas de la literatura con mayúscula.

Podríamos concluir marcando, dentro de lo breve de esta nota, algunos puntos:

* La expresión literatura femenina debería entenderse exclusivamente como categoría didáctica, a efectos de llamar la atención sobre el trabajo literario de las mujeres; de ningún modo como clasificación, y masculina a la producida por la otra mitad de la Humanidad.

* Interesa la mujer como sujeto de la escritura en cuanto a presencia y valor, e interesa el objeto literario creado por las escritoras de nuestro tiempo, que ayudan a interpretar el largo proceso de negaciones y obstáculos.

* En este fin de siglo y de milenio muchas certezas se desvanecen; entre ellas, quizás, la del modelo exclusivo lógico masculino. Está naciendo, en ebullición de caos que pugna por volverse cosmos, un nuevo lenguaje.

* Existieron mujeres a lo largo de la

Historia que desafiaron los prejuicios que pesaban sobre su sexo y osaron ejercer actividades "propias del varón", tal la escritura. Estas mujeres-excepciones aportaron propuestas novedosas en enfoques, variedad de estilos y en la decisión de expresar su vocación, en rebelión abierta contra las convenciones sociales. O bien en juegos sutiles, transgresores también, para intentar ser ellas.

* La incomparable posmodernidad, en la que navegan estos últimos trechos del siglo XX, cuando se habla del fin de la historia y otras escatologías, ha hecho aflorar los discursos marginales. Audibles por fin (hasta son moda) los discursos de los negros, los niños, los homosexuales, los viejos, los ecologistas; la mujer, por fin. La literatura escrita por mujeres surge con fuerza incontenible. Un ejemplo reciente: la excelente novelista Toni Morrison, Premio Nobel 1993, es, además, negra, con lo que el camino de apertura es doble.

Acaso en el siglo que se avecina la mujer y su particular visión del mundo y de la vida esté destinada, como otros espacios del quehacer humano, a colaborar para que el mundo de la cultura cambie de signo.

(*) *Poeta, escritora, ensayista misionera.*

